

CAPÍTULO X

DISCUSIONES Y CONCLUSIONES

Discusiones en torno a la red vial al sur del Valle de Hualfín

En el transcurso de esta investigación se pudo ver cómo los distintos componentes del paisaje se relacionan con los caminos o senderos. En este sentido, se cree que ambos indicadores del paisaje incaico (vías + sitios asociados o puntos de interés) respondían a necesidades estratégicas relacionadas con el cumplimiento de proyectos estatales, que consecuentemente traían aparejado la administración de las poblaciones y/o territorios regionales. En este marco de interacción, entre los advenedizos Inkas y las poblaciones locales, pudo determinarse la posición del trazado caminero y los sitios imperiales (e.g. El Shincal, Tambillo Nuevo, Tambillo Los Colorados, Estructura Abierta Los Colorados, La Tranca). Es aquí donde se puede observar la superposición de lo incaico sobre lo local (principalmente en los campos agrícolas de Los Colorados y Ruinas La Cienaguita). Por ello creemos que si bien las vías de comunicación existían con anterioridad a los Inkas, éstas fueron sometidas a una reformulación estructural y cognitiva acorde a sus propias necesidades, que no sólo estuvo concentrada en la traza misma, sino también en otros elementos del paisaje vinculados significativamente a ellas. Por lo tanto, creemos que estas decisiones acerca del trazado de las vías y el emplazamiento de los sitios tuvieron un carácter fuertemente político, relacionado con las características ambientales y con una particular concepción del espacio y construcción del paisaje.

También hemos visto como los sitios incaicos de Tambillo Nuevo, Tambillo Los Colorados y El Shincal de Quimivil estaban integrados, a través de las vías de comunicación, con otras regiones y otros centros Inkas como Watungasta, en Abaucán, por medio de la cuesta del río El Tambillo; Las Lajas o Río del Inca, en Tinogasta, remontando el cauce del río Los Baños; y La Aguada, Quillay y Hualfín a través del Río Hondo y la depresión de La Falda. Existían otras posibles conexiones con diferentes sitios del Campo de Belén-Andalgalá o Bolsón de Pipanaco (González 1966; Kriscautzky 2010; Williams 1995), pero las mismas no serán tratadas aquí por estar fuera de nuestra área de estudio. Dicha integración les permitió el acceso, con su correspondiente control territorial, a sectores de producción

agrícola en zonas media y baja y de pastoreo en zonas altas¹, como también, según sostienen Raffino *et al.* (1978) y González (1980) hacia zonas de explotación minera.

Por el momento, el registro arqueológico del área de estudio no ha constatado la presencia de sitios de habitación local anteriores o contemporáneos a los Inkas (*e.g.* asentamientos correspondientes a la cultura Belén y/o Sanagasta). Por esta razón se cree que estos últimos estaban asentados lejos de los poblados locales, quizás con la intención de no incidir en la economía y autosuficiencia de las comunidades andinas dominadas por ellos (Strube 1963; Murra 1978). Esto coincidiría con lo postulado por Raffino *et al.* (1991) acerca de que el *Tawantinsuyu*, además de apropiarse de poblados urbanos preexistentes, podía también construir sus centros administrativos en lugares no ocupados previamente por entidades locales (además de El Shincal y Hualfín, otros ejemplos en Argentina serían Watungasta, Tambería del Inca y Nevado de Aconquija). Estos centros principales apuntaban a objetivos relacionados con la administración y control local, pudiendo desarrollar al máximo su planeamiento espacial (Raffino 2007). De esta forma podían imponer un fuerte mecanismo de apropiación cultural a través de la construcción de un paisaje propio en donde se percibiera su cosmología, ideología y poder (Acuto 1999).

Sin embargo, el Valle de Hualfín, que mantiene una contigüidad cultural y geográfica con nuestra zona de estudio, presenta una situación diferente. En el mismo se ha constatado una fuerte presencia de sitios habitacionales Belén, con fechados que se prolongan durante la conquista incaica (González 1955; Sempé 1999b; Sempé *et al.* 2005; Wynveldt 2009; Wynveldt y Balesta 2009). Pero, resta considerar lo siguiente: a) la presencia Inka en dos centros administrativos emplazados sobre sus cabeceras septentrional y meridional -Hualfín Inka y El Shincal de Quimivil, respectivamente- y en un sitio de actividades mineras y metalúrgicas -Quillay Wayras y Quillay Tampu- ubicado sobre la porción central del valle; b) en los tres casos se trata de sitios unicomponentes, es decir que no están instalados sobre poblaciones locales preexistentes, correspondientes al Período Tardío o Desarrollos Regionales del NOA; circunstancias que sí se han observado en otros lugares del *Kollasuyu* (*e.g.* Casa Morada de La Paya en el Valle Calchaquí; La Huerta y Tilcara en Humahuaca; Fuerte Quemado, Quilmes y Tolombón en Yocavil; Turi del Loa en Chile) (Raffino 2007). Ante esta situación resulta muy complejo determinar si realmente hubo un dominio efectivo en todo el valle; y en caso de haber sido así, habría que considerar la posibilidad de actitudes locales diferentes en cuanto a la dominación. Algunos autores han sugerido una variedad de reacciones de las distintas facciones de poder de los grupos Belén frente a las

¹ Vinculado con las comunidades vegetacionales de estepa puneña y ecotono monte-puna en conjunto con la presencia de numerosas vegas, que ofrecen excelentes recursos para el pastoreo y alimentación de los contingentes en tránsito a lo largo del camino.

imposiciones incaicas. Las mismas podían estar canalizadas a través de influencias, intercambios, negociación, abandono del territorio, dominación o resistencia (Balesta y Wynveldt 2010; Wynveldt y Balesta 2010).

Pensamos entonces que en el sector meridional del Valle de Hualfín y septentrional de la Sierra de Zapata existió, en términos de D'Altroy (1987), una estrategia de control territorial basada en la ocupación y gobierno directo del poder imperial sobre los territorios locales. En este sentido las demandas ejercidas por el estado implicaron transformaciones en la organización económica, política y la introducción de ciertas expresiones materiales, vinculadas con la esfera ideológica (Hassig 1985; Cremonte y Williams 2007). Esta situación quizás fue diferente a lo acontecido hacia el interior del Valle de Hualfín, lo cual si bien excede a esta investigación, constituye una problemática que debería ser tratada con mayor profundidad en futuras investigaciones. Es posible que estas diferencias en los paisajes sociales creados por el Imperio Inka reflejen un control discontinuo del espacio que pudo obedecer a diferentes momentos de la dominación, a diferentes estrategias de negociación con las etnias locales o a las particularidades productivas y estratégicas de las distintas zonas (Cremonte y Williams *op. cit.*).

Esta estrategia de control territorial estuvo regularizada por medio de una capital *huamani* Inka, El Shincal de Quimivil, en conjunto con una determinada constelación de sitios incorporados a la red vial. La dominación incaica vista a través de sus caminos, centros administrativos, tambos y puestos de control fue, sin duda, muy importante en el área investigada. Allí tenían disponibilidad de campos de cultivos, vetas mineras y vías de comunicación interregional con La Puna, valle de Abaucán, La Rioja, Cuyo y Chile.

La presencia de cerámica Belén en esta zona para el momento incaico quizás pueda deberse a otra causa de dominación, basada en el interés para obtener mano de obra local (Williams 2000). Pero justamente, esta política parece haber tenido un éxito diferencial según cada región que intentaba ser anexada. Es decir, no siempre lograron, tal como se mencionó más arriba (para el interior del Valle de Hualfín) que las poblaciones de los valles cumplieran totalmente con las prestaciones, o bien que lo hicieran sólo parcial o temporalmente (Lorandi 1988). En el caso del sitio Quillay, si bien estuvo conectado con El Shincal al sur y Hualfín Inka al norte (González 1966; Raffino 1981), pudo haber constituido sólo un enclave de producción metalúrgica que, quizás bajo ciertos "códigos de interacción" entre los Inkas y los grupos locales, se mantuvo constante dentro del modelo social planteado por los primeros. Si pensamos en los planteos de Raffino (1978, 1981) y González (1980), acerca de la explotación minera en el NOA, y la proximidad de Los Colorados y Las Vallas con el Valle de Hualfín a través de Pozo de Piedra, es probable que

buena parte de la producción agrícola del valle de Quimivil fuera destinada para los trabajadores de Quillay. De esta manera quedaría planteada la posibilidad de una entidad agrícola-minero-administrativa para el sector sur del Valle de Hualfín con cabecera en El Shincal de Quimivil.

Creemos entonces que esta configuración del espacio, gestada durante el Horizonte Inka hacia el sur del Valle de Hualfín y norte de la Sierra de Zapata, fue producto de una domesticación del entorno que no sólo fue expresión de una nueva economía y aparato tecnológico sino, ante todo, de una nueva relación de la sociedad con la naturaleza. Esta nueva actitud se corresponde con la sustitución de un patrón de racionalidad, anterior, por otro, que inaugura el proceso de modificación y explotación del espacio físico y que se correlaciona con transformaciones paralelas en la sociedad (Criado Boado 1999). Un patrón de racionalidad que, si bien se ajustaba a las características ambientales y sociopolíticas de cada región (D'Altroy *et al.* 2000; González y Tarrago 2005; Nielsen 2010; Williams y D'Altroy 1998; Williams 2000), manifestaba un *continuum* cultural que iba más allá de la replicabilidad de la organización social y espacial del Cuzco (véase Farrington 1992, 1998, 1999; Hyslop 1990; Raffino 2007). Es decir, y tal como sostiene Acuto (1999: 62) -para la región norte del valle Calchaquí-, ante la ausencia de las comunidades locales, los Inkas pudieron desplegar un sistema de andamiaje estatal según un estilo de planeamiento propio: a) asentamientos en terrenos planos o de pendiente suave y con fácil acceso a fuentes de agua; b) un centro administrativo donde confluían las vías de comunicación principal y secundarias; c) tambos de aprovisionamiento y/o control en rutas de intercambio hacia otras regiones y centros incaicos; d) caminos o senderos para el transporte de bienes y/o funcionarios estatales; e) centros de producción en lugares propicios de humedad; f) puestos de control y *chasquiwasi* en puntos estratégicos. Esta resignificación del espacio debió ser complementada por medio de elementos sagrados o ritualizados del paisaje, es decir, elementos de la cultura material simbólicamente constituidos, que indefectiblemente formaban parte del lenguaje y la acción del grupo que los generaba (Hernando 2002: 38). En este sentido, la presencia de un paisaje sagrado materializado en diferentes elementos a lo largo de las vías: rocas talladas (gnomon en el Cerro del Intihuatana), vegas y/o fuentes de agua, huacas o *tokankas*, puntos de alta visibilidad, puntos de mediciones astronómicas (Gnomon o Intihuatana), rasgos topográficos sobresalientes con una importancia ritual significativa (La Tranca en Ruinas La Cienaguita, Roca Perforada en el sector central del valle del Río Los Baños y otras manifestaciones dentro de los campos de cultivos de Los Colorados), jugaron un papel muy importante en los procesos de significación del entorno natural andino.

En relación la ausencia de poblados locales en el área de estudio y a la presencia de cerámica Belén y Sanagasta en los enclaves de producción agrícola de Las Vallas, Ruinas La Cienaguita y Los Colorados, se sugiere la hipótesis de que poblaciones vecinas (grupos Belén del Valle de Hualfin y grupos Sanagasta provenientes del sur del valle de Abaucán, La Rioja y norte de San Juan) pudieron servir como mano de obra local bajo una forma de tributación agrícola organizada, ya sea por prestación rotativa de trabajo (mita) o por mano de obra especializada (mitmacuna) (Gentile 2008; Hyslop 1990; Murra 1978). Es decir, que las actividades en estos enclaves, a falta de residencias que alberguen semejante número de trabajadores, pudieron ser llevadas a cabo por pobladores de la región que se dirigían hasta allí de forma diaria para cumplir con sus prestaciones². La presencia de una red de caminos que confluyen en esta zona -procedentes de El Shincal, Las Lajas, Pozo de Piedra y El Tolar (a través de Las Vallas)- apoyarían esta hipótesis: la de un sistema vial incaico que estaba en gran parte destinado a la obtención, administración, movilización y protección de estos contingentes (Hyslop 1984). Asimismo, esto lleva a plantear que los Inkas intensificaron la producción agrícola a partir de la preparación y reacondicionamiento de grandes extensiones de cultivo, construcción de canales, estructuras de almacenamiento y asentamientos estatales.

Para el caso de El Shincal de Quimivil, Tambillo Nuevo y Tambillo Los Colorados, sitios con características de residencia estable, algunos grupos de pobladores locales quizás pudieron residir permanentemente o de manera estacional cumpliendo con su trabajo. En el caso específico de El Shincal, ciertos personajes locales pudieron ocupar roles jerárquicos en representación del Estado bajo el título de *tukuy rikuq apu* (gobernador de *huamani*) (Raffino 2004: 26 y 72).

En cuanto al rol de El Shincal como centro político, administrativo y religioso resulta relevante la trifurcación de vías observada en la Casa del Curaca, la cual pudo estar relacionada con su rol jerárquico dentro del sitio. Al mismo tiempo, estos caminos permitían mantener el esquema político del estado mediante la llegada de personas a la gran plaza para determinados eventos festivos. En este sentido, la *aukaipata* del sitio conformaba en conjunto con los cerros aterrazados, *kancha* y *kallanka* un espacio para el desarrollo de prácticas congregativas o de comensalismo político que favorecían, entre otras cosas, la construcción y el mantenimiento de alianzas con las poblaciones locales, la movilización de fuerza de trabajo y la notoriedad del anfitrión (Bray 2003; Dietler y Herbich 2001). Esto ha sido demostrado por la presencia de más de trescientas unidades de molienda dispersas sobre el cono aluvial del Río Quimivil; sobre las cuales se calculó un total de aproximadamente 150 trabajadores que podrían estar operando, al mismo tiempo, en la

² No hay que olvidarse de ciertas estructuras, posiblemente, residenciales dispersas entre los campos de cultivos. Éstas también pudieron servir para el control estatal, requiriendo así de pobladores locales para su funcionamiento. Pero, debido a falta de excavaciones que lo corroboren preferimos sólo mencionarlas aquí.

producción de grandes cantidades de comidas y bebidas (e.g. chicha) que posteriormente serían conducidas a El Shincal (Giovannetti 2009; Giovannetti *et al.* 2010). De esta forma se definían las identidades regionales dentro de un dinamismo a través del cual los Inkas resignificaban su status y poder. Bajo este marco, tanto la ruta ceremonial hacia el Cerro del Intihuatana como la visibilidad alcanzada desde diferentes puntos de interés en el camino que conduce a La Aguada y, también, las *kancha* dispuestas a la vera del mismo adquieren una importancia relevante. Lo mismo sucede con la vía que proviene desde Los Colorados jalonada cerca de El Shincal por diferentes conjuntos de molienda (e.g. Los Talas, La Isla, Entrada del Quimivil, Cerro El Shincal y Piedra Volcada del Simbolar). De este modo, vemos como diferentes elementos del espacio van configurando un paisaje inkaizado en relación directa con los caminos y senderos.

En el caso del Tambillo Nuevo, el alto porcentaje de fragmentos de aríbalos/aribaloides Inca Provincial, la estructura “e” del Subconjunto I, el montículo de piedras en el patio de la *kancha* o RPC del Conjunto II y los morteros en Pozo de la Rubia podrían estar representando, a una escala menor, este tipo de prácticas festivas ceremoniales. Además, se observaron otras características como la asociación directa con un camino despejado y amojonado que transita entre los conjuntos de estructuras I y II; patrones constructivos altamente institucionalizados; emplazamiento en un lugar estratégico; presencia de un significativo hito natural a menos de 2 km en el Tambillo Viejo; estructuras “en celdas” o “para propósitos especiales” quizás utilizadas como corrales o almacenamiento (hipótesis que habrá que contrastar con un mayor número de excavaciones) y restos de arcilla sin cocer en el Subconjunto III, que nos conduce a pensar en otras actividades como la producción de cerámica (esta hipótesis también deberá ser corroborada mediante la intensificación de las excavaciones y la búsqueda de fuentes de arcilla). En este sentido, creemos que el Tambillo Nuevo constituyó, tal como su nombre lo indica, un tambo de pequeñas dimensiones, contemporáneo a El Shincal, donde se llevaban a cabo múltiples funciones relacionadas con el alojamiento; el control de una ruta de comunicación que conduce hacia el sur del *Tawantinsuyu*, asegurando así la circulación de recursos, bienes y personas; actividades ceremoniales; posiblemente almacenaje para la alimentación de los viajeros³ y el reaprovisionamiento de las caravanas en tránsito; por último, no descartamos la presencia de estructuras para corral, como tampoco la producción de bienes.

Finalmente, creemos que la diferencia observada entre las rutas que alcanzaban los enclaves de producción agrícola y pastoreo y la ruta que comunicaba a El Shincal con el interior del Valle de Hualfín (hacia el norte) y el Valle de Abaucán (hacia el suroeste),

³ Si bien la evidencia de restos arqueofaunísticos en el Sondeo 1 de la estructura “a” (Subconjunto I) son escasas, los análisis conducen a pensar en el consumo dentro del recinto.

respondía a un sistema vial diseñado por los Inkas bajo un determinado carácter jerárquico. Es decir, que a cada camino o sendero le correspondía una función definida en el sistema general, relacionada con ciertos requisitos especiales vinculados tanto con los símbolos de conquista y prestigio (“paisaje ritual”), como con las modalidades de logística, administración y redistribución económica (“paisaje económico y agrícola”). En este contexto, el conjunto de rasgos asociados a los caminos o senderos se desempeñaron como formas de apropiación de rutas, marcadores de identidad y expresión de su cosmovisión. De este modo, y de acuerdo con lo que sostiene Farrington (1992), se puede ver como la construcción social del paisaje durante la dominación Inka intercaló diversos paisajes con diferentes materialidades y significados.

Conclusiones

A lo largo de esta tesis se ha podido ver que la palabra «vía» encierra una variada gama de transformaciones del paisaje, desde simples senderos transitorios, algunos imperceptibles, hasta caminos relativamente anchos y con rasgos que le otorgan cierta formalidad. Estas vías constituyen la evidencia tangible de vínculos culturales, económicos y sociopolíticos a través del espacio (Trombold 1991). Este espacio es entendido bajo la categoría de paisaje, como producto de una construcción social donde la naturaleza y el hombre juegan una relación dialéctica. Por ello, el paisaje y, como parte de éste, las vías de comunicación y transporte han cobrado un sentido altamente significativo en el desarrollo de esta investigación. No olvidemos que dicho paisaje estaba íntimamente relacionado con todos los aspectos de la vida de las sociedades andinas, tal como puede observarse, aunque quizás a otro nivel, en la actualidad. Por esta razón hemos dedicado varios capítulos a detallar cada uno de los elementos que a nuestro juicio constituyen parte de la vía o guardan algún tipo de asociación con ella.

La localización de caminos o senderos no es una tarea sencilla, sobre todo cuando la visibilidad es extremadamente baja debido a la vegetación. Un ejemplo de esto sería el área correspondiente al monte espinoso caducifolio sobre la ladera y piedemonte oriental de la Sierra de Zapata, que ha dificultado la búsqueda de la vía que enlazaría los sitios de El Shincal y Tambillo Nuevo. A la situación anterior deberíamos sumarle la propia naturaleza de estos vestigios arqueológicos, la cual se presenta vulnerable a modificaciones provocadas por las sociedades que han reutilizado la vía tiempo después, inclusive hasta en la actualidad. Este uso recurrente del espacio vial sugiere una continuidad temporal en la ocupación y uso de sectores particulares del paisaje. Esto se ha observado claramente en el trayecto que une Pozo de Piedra con El Shincal de Quimivil, en el primer tramo del trayecto que se dirige desde este último hacia La Aguada del Norte Chico de Belén y en diferentes

espacios de la ruta que conecta con el Valle de Abaucán, como Corralito, Paraje La Aguada, Tambillo Viejo y Tambillo Nuevo. Otro aspecto a tener en cuenta es la fuerte influencia de los factores ambientales como indicadores del estado actual de los caminos y senderos.

El objetivo general de esta investigación, el cual versaba acerca de la identificación de caminos y senderos incaicos en el sector meridional del Valle de Hualfín y septentrional de la Sierra de Zapata, ha sido alcanzado satisfactoriamente llevando a cabo cada uno de los objetivos específicos que aquél demandaba. En primer lugar se definieron las unidades de análisis cotejando la información generada con los modelos predictivos y aquella proveniente de las fotografías aéreas, cartas topográficas, cartografía digital obtenida a partir del SIG y los datos obtenidos de las entrevistas a diferentes pobladores (véase capítulos II y IX). Se investigaron entonces cuatro vías, de las cuales tres fueron definidas analíticamente como trayectos (e.g. El Shincal de Quimivil – La Aguada; El Shincal de Quimivil – Pozo de Piedra y El Shincal de Quimivil – Tambillo Nuevo) y la restante como un tramo (e.g. Los Colorados - La Ramadita).

De cada una de estas vías se describieron los rasgos topográficos (superficie y pendiente natural) y cada uno de los sitios y componentes culturales asociados, como también los rasgos naturales de relevancia presentes a lo largo de las mismas. Esta tarea demandó un gran esfuerzo colectivo, alcanzando resultados sorprendentes hasta ahora desconocidos para la región. Lo anterior permitió identificar diferentes tipos de factores culturales que pudieron intervenir en su disposición y morfología, como también atender el grado de correlación existente entre la distribución de los sitios y el diseño de la red vial (véase capítulos V, VI, VII, VIII y IX).

El cumplimiento de estos objetivos trajo aparejado la contrastación de diferentes hipótesis por medio de las cuales se trataba de explicar el trazado particular y general de estos caminos y senderos. De esta manera se pudo comprobar, como era de esperar, el profundo efecto que ejerce el medio ambiente natural en la morfología y disposición de las vías. En este sentido, se registró, por un lado, diferentes tipos de resolución vial para salvar determinados obstáculos impuestos por el medio circundante y, por otro, la importancia de factores ecológicos (e.g. agua y pasturas) como condicionantes de su emplazamiento.

Además de los factores naturales, su trazado también estuvo afectado por factores culturales (sagrados, administrativos y económicos), que expresan una determinada racionalidad cultural. En este sentido, resultó lógico hallar diversos sitios, objetos materiales (principalmente cerámica), distintas intervenciones humanas, puntos de visibilidad y rasgos naturales significativos dispuestos, de manera directa o indirecta, a lo largo de las vías de

comunicación y transporte. Esta correlación o asociación condujo a pensar en las diferentes prácticas sociales que pudieron estar canalizadas a través de ellas (véase capítulos V, VI, VII, VIII y IX).

En función del análisis e interpretación de este conjunto de evidencias, pensamos que la vialidad Inka no está compuesta por simples estructuras físicas que posibilitan el movimiento hacia, o desde, un lugar determinado, o que sólo desempeñan funciones económicas, sino que también constituyen poderosos instrumentos simbólicos para la conquista y la dominación (Witcher 1997). En este sentido retomamos el concepto de Murra (1978, citado en Hyslop 1992: 258) acerca de que los caminos operaban como un símbolo o “bandera” del estado Inka, por su gran visibilidad y la manera clara con la que vinculaban políticamente a los individuos con la autoridad central.

El estudio de los caminos y senderos requiere reflexionar acerca de los cambios y continuidades acaecidos en su trazado a través del tiempo; una tarea que, como ya se ha manifestado, resulta demasiado compleja si se tiene en cuenta la sucesiva reutilización y procesos ambientales a los que están sometidos. Las investigaciones arqueológicas del Noroeste Argentino señalan numerosas evidencias que marcan la existencia de intercambios tempranos entre los pueblos del NOA, mucho antes de la llegada del *Tawantinsuyu*. Estas influencias culturales sobre un área tan vasta demuestran que existió un sistema de comunicación previo a los Inkas. Las características de este sistema y la forma en que pudo haberse desarrollado es una tarea pendiente para la arqueología del NOA. En nuestra área de estudio, la presencia de cerámica de tiempos formativos en las vías analizadas demuestra la existencia de rutas tempranas de intercambio. Es decir, rutas preinkas que luego fueron aprovechadas, reconstruidas y, en consecuencia, aprehendidas por los cuzqueños a través de parámetros determinados que se manifestaron en su arquitectura y diseño.

Podemos concluir afirmando que el desarrollo de la red vial en el sector meridional del Valle de Hualfín y septentrional de la Sierra de Zapata, entre fines del siglo XV y principios del XVI, estuvo influenciado por la geografía y el dominio territorial Inka, expresado éste bajo una determinada racionalidad cultural. Una racionalidad que se materializó en diversas acciones socioeconómicas, políticas y simbólicas sobre el paisaje como una estrategia o forma de dominación.

Finalmente, creemos que los resultados de nuestras investigaciones han aportado nuevas evidencias empíricas y han permitido revisar las observaciones de otras investigaciones

para el sector centro-oeste de la provincia de Catamarca. En términos generales podemos mencionar:

- Presencia de un centro de actividades administrativas, diplomáticas, económicas, religiosas y políticas como El Shincal de Quimivil, emplazado en un nodo de comunicación interregional.
- Existencia de un solo camino de entrada y salida a El Shincal por el sector norte, en dirección a La Aguada del Norte Chico de Belén.
- Presencia de un gran enclave de producción agrícola en el valle del Río Quimivil (desde Los Colorados hasta Las Vallas), hacia donde confluían al menos tres vías de comunicación. Dicha confluencia vial, en un área de producción agrícola, resulta altamente significativa para el desplazamiento regional de mano de obra que cumpliera con los requerimientos del estado Inka.
- El enclave agrícola se encuentra asociado a un conjunto residencial (Tambillo Los Colorados) en la ruta hacia el oeste (Los Colorados-La Ramadita), cuyo rol pudo centrarse en el control de la producción y protección de los campos agrícolas.
- Un puesto de control o “peaje”, o un *chasquiwas*⁴ (Estructura Abierta Los Colorados), que si bien se encuentra a sólo 600 m del Tambillo Los Colorados estaría jalonando la transitabilidad hacia otra dirección (en este caso al norte, sobre la ruta El Shincal de Quimivil - Pozo de Piedra) y, quizás, cumpliendo una función diferente al tambillo.
- Presencia de otra estructura en Sacha Uva, semejante a la anterior pero jalonando la entrada hacia Las Vallas desde Pozo de Piedra.
- Un tambo de pequeñas dimensiones (Tambillo Nuevo) con múltiples funciones, emplazado en la ruta que conecta El Shincal de Quimivil con Anillaco y Watungasta.
- Presencia de un paisaje sagrado materializado en diferentes elementos a lo largo de las vías: rocas talladas (gnomon en el Cerro del Intihuatana), vegas y/o fuentes de agua, huacas o *tokankas*, puntos de alta visibilidad, puntos de mediciones astronómicas (Gnomon o Intihuatana), rasgos topográficos sobresalientes con una importancia ritual significativa (La Tranca en Ruinas La Cienaguita, Roca Perforada en el sector central del valle del Río Los Baños y otras manifestaciones dentro de los campos de cultivos de Los Colorados).
- Hallazgo de hitos o marcadores espaciales, como así también petroglifos (aunque en menor porcentaje) en determinados sectores de las vías.
- Existencia de un camino Inka con una variada gama de técnicas constructivas, destacándose el empleo de excavaciones dentro de la ladera junto al emplazamiento de

⁴ Un *chasquiwas* corresponde a un sitio donde posiblemente residieran dos o tres personas (Garcilaso de la Vega [1609] 1976, T.2: 22-23).

muros de contención ladera abajo. Este hecho nos sugiere, como en otros sectores del NOA, que la presencia Inka estuvo bien consolidada.

- Los ríos Hondo, Quimivil, Los Baños, Las Vallas, Lampazar, Blanco, Pozo de Piedra y El Tambillo evidencian, en términos de logística de tráfico, una vez más, el rol determinante del paisaje dentro de la estrategia de dominación Inka.

La siguiente imagen (Figura X.1) representa la totalidad del área de estudio con las vías analizadas y los principales puntos de interés mencionados a lo largo de este trabajo:

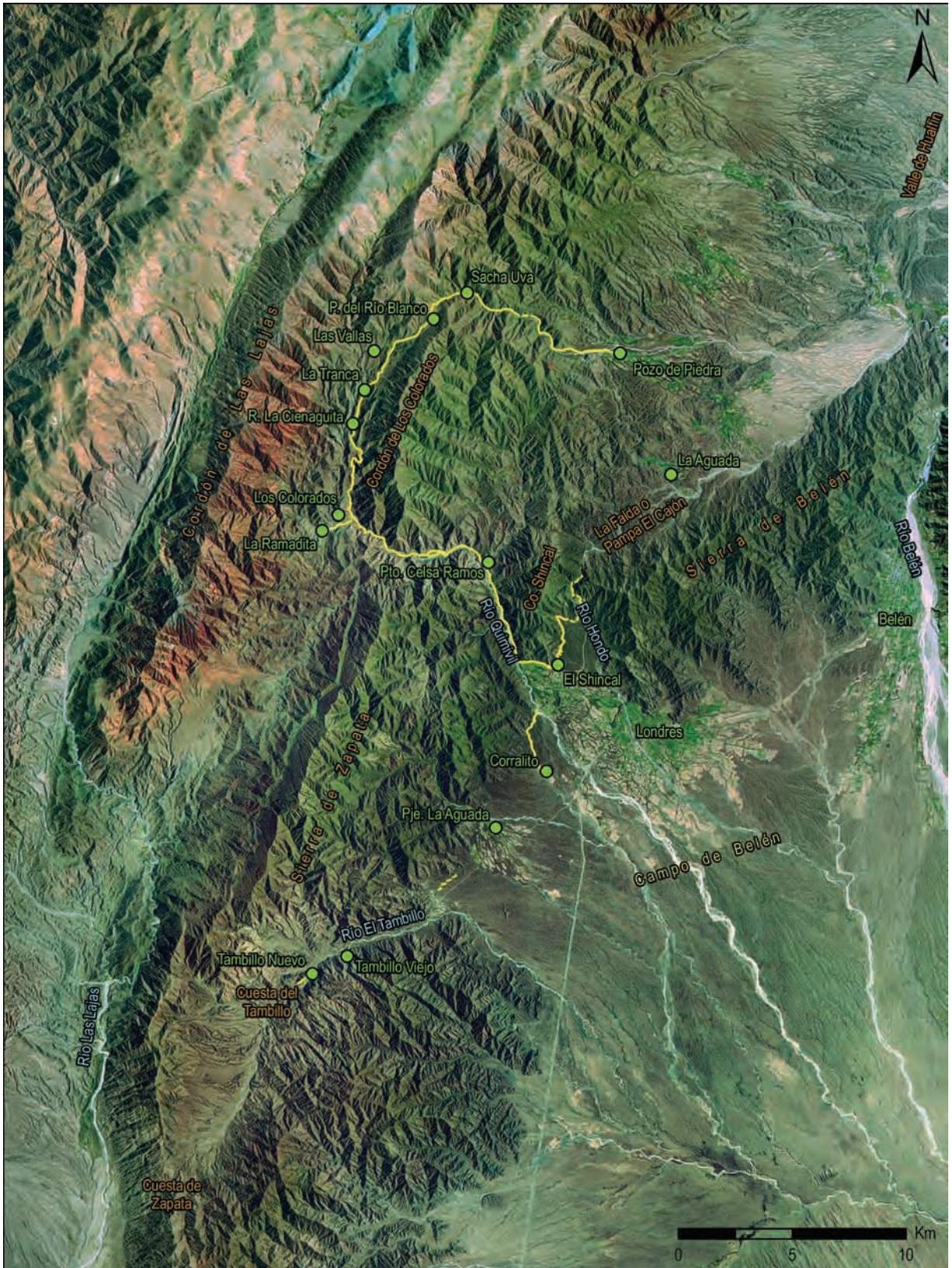


Figura X.1. Área de estudio con las vías y los principales puntos de interés analizados.

Creemos necesario, en el futuro, efectuar más trabajos de campo a fin de obtener nueva información que pueda complementarse con los resultados de nuestras investigaciones. Esto permitirá generar otro tipo de interpretaciones que complementen la comprensión del sistema vial en esta región. Entre estos futuros trabajos podemos mencionar: la excavación sistemática de diferentes estructuras (*e.g. kancha* y *qolqa*), emplazadas a la vera del camino que conduce a El Shincal por el norte; más prospecciones sobre el cono aluvial del Quimivil, con el objetivo de rastrear antiguos pasos, sendas o caminos; excavaciones sistemáticas en diversos sitios del Trayecto El Shincal de Quimivil - Pozo de Piedra, como por ejemplo: Estructura Abierta Los Colorados, Ruinas La Cienaguita, Cueva La Tranca, Las Vallas y en el *chasquiwasi* o puesto de control o “peaje” de Sacha Uva.

Con respecto a la ruta que conduce hacia el suroeste, sería importante realizar excavaciones en los sitios Corralito y Tambillo Viejo, y aumentar el número de intervenciones arqueológicas en Paraje La Aguada y Tambillo Viejo.

Cuando di comienzo a mis investigaciones en el área, y aquí sí me permito escribir en primera persona, no imaginaba la dimensión que ésta podía alcanzar. Una dimensión que sin lugar a dudas estaba vinculada con esta extensa red vial reutilizada, modificada y construida por los Inkas. A medida que fui avanzando en la investigación, comprendí la importancia que tuvo para estas sociedades como un conjunto de significaciones y resignificaciones del paisaje. Asimismo logré percibir la relevancia que tienen estos caminos en la actualidad, ya que, aún con otros sentidos, otras intenciones y hasta con otras formas de mantenimiento y conservación, constituyen una nueva resignificación del paisaje. Es por esto que creo importante continuar con las investigaciones en el área, ya que siempre quedarán paisajes por “descubrir” y significados por comprender.